

Presentación

Ramón RAMOS TORRE
TRANSOC - Universidad Complutense de Madrid
rrt@cps.ucm.es

Javier CALLEJO
TRANSOC - Universidad Nacional de Educación a Distancia
mcallejo@poli.uned.es

La sociedad moderna se constituye de la mano de la experiencia de la crisis y se concibe a sí misma, desde sus comienzos, en esos términos. Ya sea situación presente, ya origen reciente, ya destino a esperar, la crisis es una constante con la que se vive y concibe. Muchas son sus caras, sus ritmos y sus tonos dominantes. Pero aunque distinguibles tienden a estar amalgamados. En efecto, la crisis puede ser radical o de legitimidad –como por otra parte, según ha mostrado Blumenberg, es propio de la modernidad en cuanto que proyecto y praxis–, pero también puede estar más acotada como crisis parcial (social o económica o cultural o de instituciones específicas). Su ritmo puede ser incluso plácido y cotidiano, sin aspavientos, como un destino manifiesto que se auto-engendra sin visos de rupturas o discontinuidades, apoyándose en muletas compensatorias. Y, por lo mismo, su tono es muy variable, pasando del tedioso discurrir en voz baja al dramatismo de las grandes palabras. Y en efecto, hay coyunturas en las que el tono de la crisis se agudiza y extrema apropiándose del conjunto de la experiencia, que acaba siendo vivida a su sombra y dictando las propuestas dominantes de sentido.

Es eso lo que ha ocurrido en los últimos años en España: la crisis se ha hecho dramática, excesiva, estruendosa, ‘crítica’; lo ha dominado todo, constituyéndose en la plataforma desde la que observar y contar el resto de lo que ocurre; es la experiencia (¿la institución?) total, en su sentido plenamente *maussiano*. Como experiencia total es *frame*, contexto y perspectiva. Todo o casi todo puede justificarse desde la crisis. Parece imposible hablar desde un lugar distinto al de la crisis. Más imposible aún hacer ciencia social sin la mediación de la crisis. Y es que la ciencia social vive contra, por, para y, podría añadirse, de la crisis. Especialmente la sociología.

En efecto, la sociología emergió como proyecto autónomo de saber positivo al hilo o en la estela inmediata de la crisis revolucionaria de 1789. El proyecto fundante de Saint-Simon se justifica de esa manera: como un saber de y para la crisis profunda, sin precedentes, que se está viviendo. No sería una empresa arriesgada reconstruir

la historia entera de la sociología, sus múltiples avatares, sus refundaciones y reorientaciones como un proceso de construcción de conocimiento que parte siempre de, y tematiza obsesivamente, la experiencia multiforme y siempre recomenzada de la crisis. Si la sociología es una disciplina dinámica y multiparadigmática lo es porque va en seguimiento de las distintas crisis que se suceden, dándoles sentido, intentando reorientarlas práctico-cognitivamente y haciéndolo siempre desde puntos de vista o paradigmas distintos que se sustituyen los unos a los otros o pugnan entre sí sin alcanzar tregua o victoria o derrota definitivas.

Es consecuente con esta dinámica de desarrollo que la investigación sociológica haya estado siempre centrada en el estudio de la crisis. Piénsese en la monografía ejemplar de Durkheim que tanto hizo para fijar puentes de doble dirección entre la indagación empírica y la elaboración teórico-analítica. En efecto, *El Suicidio* es un trabajo de investigación empírica sobre la crisis (institucional y de sentido) de *fin de siècle* que, para diagnosticarla, ordenarla y hacerla inteligible opta por una renovación radical de los marcos analíticos de una ciencia todavía en ciernes. Autoconciencia de la crisis, investigación y elaboración teórica van de la mano, como si la crisis fuera siempre la atalaya desde la que se hace evidente la obsolescencia temática y analítica de una etapa del pensamiento sociológico y la necesidad de su renovación.

En la actual coyuntura crítica de la sociedad española, la investigación sociológica se ha aventurado al estudio de sus intrincadas manifestaciones. La crisis lo llena todo. Lo que aquí se presenta es una muestra mínima, pero variada, de los resultados de ese esfuerzo de indagación en el que han participado investigadores con trayectorias, temáticas, puntos de vista, presupuestos metodológicos e intereses académicos muy variados. En concreto, este material resulta de una selección del presentado en II Seminario de Investigación “*La Investigación en tiempos de crisis: Riesgos, Vulnerabilidades y Precariedades*”, organizado por TRANSOC-UCM en diciembre de 2014, en Madrid. El seminario era reedición del que se había celebrado en Bilbao, un año antes, organizado por el CEIC. En el seminario de Madrid se presentaron una docena de trabajos, frutos todos de investigaciones en curso o recién acabadas –algunas ligadas a proyectos de investigación doctoral, otras realizadas en el marco de proyectos autonómicos, nacionales o europeos– en las que se abordaban las diversas caras de la crisis: generales, específicas, ligadas a la coyuntura dramática del desastre económico y el austericidio o desde perspectivas más distanciadas.

De ese material se ha seleccionado, tras una intensa reelaboración, unos pocos títulos que tratan el tema que se fija en este Monográfico: *Crisis, Precariedad e Inseguridad*. Es evidente que no se pretende agotarlo, lo que, por otro lado, y dada su amplitud, sería empresa de imposible cumplimiento. El objetivo es mucho más comedido. Por un lado, todos los trabajos cumplen la condición de atenerse a presentar los resultados de investigaciones empíricas inéditas, que se ponen en diálogo con propuestas teóricas de orden más general y/o con los resultados de investigaciones anteriores sobre el tema. Desde aquí, ha de reconocerse a la crisis una capacidad regeneradora con respecto a los marcos analíticos. Es como si la realidad de la crisis, que tiene mucho de realidad al límite, agitate los soportes conceptuales asentados con nuevos materiales empíricos, poniéndolos también al límite.

Por otro lado, los trabajos presentados cumplen un doble requisito de pluralismo: utilizan técnicas de investigación (cualitativas, cuantitativas o combinadas) variadas; además, los datos se ‘leen’ e interpretan desde perspectivas teóricas diferentes. Ambos rasgos aseguran la pluralidad teórico-metodológica y la apertura de las interpretaciones.

Además, los trabajos ofrecidos no pretenden cerrar el objeto de investigación que abordan; muy por el contrario, se presentan como jalones, pasos o puntos de una trayectoria que va más lejos y ha de encontrar continuidad en el futuro. Son así muestras de una investigación abierta y en continuo replanteamiento.

Por último, hay que reiterar que los trabajos son selectivos pues centran su atención en lo que, a no dudar, son solo algunos de los aspectos de la crisis, aunque sean cruciales. Ya sea que se aborde la semántica general de la crisis y sus conexiones con los variados discursos que intentan (en diálogo y contraposición) asignarle sentido, ya su relación con la vivencia de la precariedad en un mundo cuyos cimientos literalmente se vienen abajo, ya su conexión con un tema que trasciende a esta coyuntura crítica precisa de principios del siglo XXI en España, como es el de la (in)seguridad ontológica, ya, por último, las relaciones que la crisis tiene con la incertidumbre que domina complejos institucionales cruciales de la modernidad, en cualquiera de estos casos lo que no es más que un aspecto de la crisis se convierte en sintomático y revelador. Quedan otros muchos que son también reveladores y complementarios y que de alguna manera se limitan a estar insinuados. Se pueden enumerar de forma muy sucinta: la crisis está siempre temporalizada y por ello es necesario rastrear de forma sistemática de qué forma afecta a la ordenación temporal del mundo y específicamente a los horizontes temporales de futuro y pasado; la crisis plantea siempre, muy a las vivas, la eventual fragilidad de lo que muchos consideran el cemento de lo social, es decir, la confianza; la crisis, además, desvela las vulnerabilidades de los sujetos que antes de que estallara dramáticamente, podían creerse y sentirse realmente a salvo en un mundo de cimientos sólidos; la crisis, por último pone a prueba la resiliencia de actores, grupos e instituciones, dando a ver aspectos insospechados y reveladores. Todos estos aspectos están apuntados de pasada en el material que ahora se publica, aunque no reciban todavía el tratamiento monográfico que precisan.

El trabajo de Ramón Ramos pretende abordar el problema de la semántica social (es decir, lega, no experta) de la crisis a partir de los datos proporcionados por una investigación para la que se realizaron, entre 2012 y 2013, nueve grupos de discusión. Está emparentado, y se complementa, con otros trabajos en proceso de publicación que abordan la crisis, la problematización del futuro, la confianza o la semántica lega del riesgo. Su perspectiva se singulariza por ser estructural y narratológica. Propone diferenciar cuatro ejes estructurales (el eje de la acción en el que se contraponen agencia y paciencia; el de la imputación, que enfrenta moralización y poder; el del tiempo, que separa cronicidad y ciclicidad; y el de las consecuencias en el que se contraponen destrucción y regeneración) en cuyo espacio se situaría el repertorio de sentido a disposición de los hablantes, que se hace a la luz en sus intervenciones discursivas y con el que da cuenta de su experiencia de la crisis. En el marco de esos ejes se generarían diversas matrices narrativas que entran tipos diferenciados de ‘historias’ en las que intervienen variados ‘sujetos narrativos’ de los que se da cuenta.

El trabajo de Alonso, Fernández e Ibáñez recoge también e interpreta datos de otra investigación reciente de 2014 -que replicaba a una, con similar diseño, de 2010- y en la que se realizaron también nueve grupos de discusión. La perspectiva interpretativa difiere de la del anterior artículo, pues se opta alternativamente por una hermenéutica social que atiende a la polifonía y al conflicto o contraposición de las interpretaciones que generan sujetos sociales situados. Se rastrean los discursos diferenciados, contrapuestos o en tenso diálogo de la crisis, no un eventual discurso universal. Contraponiendo los mundos discursivos de los sectores populares con los propios de los sectores medios y medio-altos, los autores muestran la progresiva crisis del ideologema, mucho tiempo dominante y que Alonso y colaboradores habían retratado en trabajos anteriores, de la culpabilización, ideologema omnipresente que se complace en achacar a la desmesura moral de los sectores populares su precipitación en la crisis. Muestra además una clara conciencia de la crisis como proceso de precarización de la existencia y la apertura del discurso de la hetero-culpabilización, en el que otros (los Bancos y los poderosos) aparecen como responsables de lo que ocurre. Destaca, por otro lado, cómo en los sectores más acomodados surge el barrunto del riesgo de desclasamiento, el temor de la caída y una cierta angustia del futuro. El relativamente soterrado conflicto en el discurso por calificar y, sobre todo, responsabilizar la crisis es, en bastante medida, el conflicto de clases por el discurso. Pero, también, la expresión de emociones compartidas a partir de la posición desde la que se participa en la crisis.

El trabajo de Javier Callejo resulta de una investigación de mayor complejidad metodológica, pues aún técnicas cualitativas y cuantitativas. Su punto de partida son las propuestas de Giddens sobre la seguridad ontológica. Su objetivo es dar cuenta de la presencia de ese sentimiento –a partir de los datos proporcionados por grupos de discusión realizados entre 2012 y 2013- y establecer un instrumento para medirlo que denomina Escala de Seguridad Ontológica (ESO), construida a partir de los datos proporcionados por una encuesta de cuestionario estandarizado aplicada a una muestra representativa de la población española realizada en 2013. De especial interés en sus análisis es la determinación de las relaciones entre el complejo formado por la seguridad/inseguridad y la confianza en sus distintas variantes. Lo que apunta es que, lejos de convertirse en caras de lo mismo, la seguridad y la confianza se sitúan en espacios sociales, actitudes y prácticas contrapuestos.

El trabajo de Llopis y Tejerina opta por una acotación más circunscrita de la relación entre la crisis y la precariedad. Lo que se aborda a lo largo de sus páginas es cómo se relaciona la jerarquía de niveles educativos de los sujetos con sus niveles de precarización en una coyuntura de crisis económica aguda. Utilizando sobre todo datos de sucesivas ediciones de la Encuesta de Condiciones de Vida del INE, complementados con otros de fuentes estadísticas europeas, el trabajo construye un conjunto variado de indicadores de precariedad (laboral, de ingresos, de salud y de vivienda) cuya evolución sigue en los últimos años de forma que puede comparar el modo en que se relacionan con las diferencias en capital educativo. Al final, el trabajo pone en entredicho tópicos que aseveran la irrelevancia de la educación para preservar la precariedad en la coyuntura de crisis aguda; según nos muestran, el tópico no encuentra corroboración, pues la educación cuenta y afecta a las distintas caras de la precarización. Sin lugar a dudas,

se trata de una investigación importante, que aparece trazada con un largo recorrido, y de la que se dan aquí primeros aterrizajes de contundencia. Señalar la relevancia de la educación frente a la crisis es un paso destacado. No en balde y pese a esos discursos tópicos, los distintos grupos sociales son conscientes que se juegan mucho en la configuración (política) del sistema educativo. Tal vez baste observar el papel que tiene la educación en los presupuestos/inversiones de esos grupos. Una mirada atenta a, por ejemplo, la Encuesta de Presupuestos Familiares señala que uno de los elementos que en mayor medida diferencia unas categorías de otras y, sobre todo, unos niveles de renta de otros es el peso relativo que tiene en sus respectivos presupuestos la educación y, sobre todo, las cantidades –en términos absolutos- que pueden dedicarse –y se dedican- a la obtención de certificados en el sistema educativo.

Por último, el trabajo de Castrillo se ubica en un espacio social muy distinto. En efecto, indaga el discurso de la incertidumbre en el campo de las relaciones amorosas tal como se fraguan en la sociedad española actual. La coyuntura de crisis es un telón de fondo en el que las relaciones amorosas pueden actuar como asidero de estabilidad ante una precariedad e inseguridad generalizadas. El problema es que ese asidero es más bien problemático en razón de las transformaciones y contradicciones que afectan al vínculo amoroso en las sociedades contemporáneas. Basado en los datos proporcionados por entrevistas en profundidad realizadas (entre 2012 y 2013) al hilo de una investigación doctoral, el trabajo reconstruye cuatro estrategias de lucha contra la incertidumbre que muestran las marcas de las diferencias de género y clase social. Es obvio que esa pluralidad de estrategias de reducción o administración de la incertidumbre amorosa son variantes de estrategias en el mismo sentido que afloran en las situaciones de crisis. Resultaría así que el amor, que puede apetecerse como un nicho para refugiarse de la crisis, sea, como relación social variada y plástica, espacio estructural y sempiterno de la vivencia de la crisis en las condiciones de una modernidad desatada y rotunda.

Estamos, pues, ante cinco miradas sociológicas sobre la crisis en las que son evidentes las diferencias. Sus objetos y objetivos de investigación son bien distintos, a pesar de tener todos la crisis en su centro. Ni siquiera puede decirse que sean complementarios, pues no ha sido ese el criterio de su selección. Es más, ninguno renuncia a la ambición de articular cambio social y estructura social, perspectivas macrosociológica y microsociológica, las transformaciones estructurales que apunta y, en ocasiones, apuntala la crisis y las vivencias de la crisis.

Ocho años de una crisis que, como decíamos al principio, lo atraviesa todo y que parece haber sacudido el mundo justifican, por sí solos, el monográfico de *Política y Sociedad*. El consumo, el estado emocional, las relaciones personales, el amor, la educación y la percepción que tengan algunas generaciones de lo que es el progreso y la modernidad son algunos de los aspectos aquí abordados. Se transita desde las disputas por los significados de la crisis hasta sus consecuencias colaterales. Así, se camina desde una crisis atribuida inicialmente a la economía para llegar a una cultura de la crisis, de manera que el diagnóstico sobre el cómo se representa y se vive la crisis se convierte, al menos parcialmente, en el diagnóstico sobre la sociedad como un todo. Y es aquí donde nos encontramos con otra de las ambiciones que recorren los textos seleccionados, la de convertirse en diagnóstico sobre nuestras actuales sociedades, yendo más allá del

momento, del microretrato y microrelato de unos años y, si se quiere, tal vez una época, en su sentido más corto, hacia la fotografía de un proceso. Subyace en buena parte de los materiales la idea de que lo que aparece en la crisis –en los materiales empíricos que se ponen de relieve a través de la crisis- estaba antes y estará después de ella.

La crisis es el material del que se teje la modernidad; pero deja un legado de daños. Hace de las sociedades modernas vestidos rotos, desmalazados, en estado de permanente reconstrucción. Pero, en esta ocasión, la crisis también aúna, cose esfuerzos. Los encuentros de investigadores sobre la crisis en España que se dieron en Bilbao y Madrid, de los que aquí llega un reflejo, sirvieron para poner en común lo que habíamos observado sobre esta experiencia total. Desde la interpretación del ambiente que reinó en los mismos, todos los participantes recogimos ideas y experiencias de los otros. Pero era un poner en común circunscrito al sistema de los expertos. Con esta publicación, se pretende salir de lo que suele ser tan cerrado sistema para devolverlo al conjunto de la sociedad.

Madrid, 18 de marzo de 2016